

me (dedos, pies y sin plumas), y Diógenes se propuso á demostrar lo inexacto de semejante definición y por consiguiente lo observa de aquella parte de la teoría antropológica del sublime autor de la *República*. Al efecto, peló un gallo, cubrióle con su manto y presentándose ante un numeroso concurso en que se hallaba Platón, desembozóse y soltó el desnudo animalito, exclamando: *He ahí el hombre de Platón*.

Entre los pocos utensilios que guardaba en sus alforgas se contaba una escudilla que él había considerado como indispensable hasta que vió á un muchacho que, ahuecando la palma de la mano recogía en ella el agua y bebía, desde entonces ya miró como objeto de lujo la escudilla y la arrojó diciendo: «Este muchacho me enseña que llevo conmigo una cosa superflua».

Diógenes es digno de admiración y difícil de ser imitado. Midias, ciudadano ateniense tan célebre por sus insolencias como por sus grandes riquezas, abofeteó un día á Diógenes, picado sin duda por algunas de las verdades que el filósofo solía dirigir sin consideración de ninguna especie: y al maltratarle le dijo: «En casa de mi banquero hay tres mil dracmas para tí», pensando que con el dinero abatiría el espíritu de quien le despreciaba soberamente. Diógenes nada replicó en el acto: pero el día siguiente pagó el bofetón á Midias con otro no menos soberano, poniendo á su disposición la cantidad que á él se le había ofrecido el día anterior.

En una ocasión se le vió recorriendo las calles en medio del día con una linterna encendida, y como le preguntasen que buscaba, respondió: «Un hombre», aunque hay historiadores que dicen que respondió un amigo. Alejandro el Grande, tenía curiosidad de co-